

Televisa-UNAM, turbio contubernio

De verdad que han manifestado escasa imaginación y poco espíritu emprendedor los auspiciadores de que se legalice el juego en nuestro país. Pero queremos contribuir a curarlos de esas deficiencias, proponiéndoles que para facilitar el logro de sus pretensiones, acudan a la rectoría de la UNAM, donde seguramente hallarán ánimos dispuestos a cohonestar, hasta con ceremonias lucidoras, la práctica de su actividad, que sólo conciencias mojigatas no han querido ver resplandecer en nuestro país, desde que ese puritano que se llamó Lázaro Cárdenas resolvió que las mafias de los juegos de azar debieran ser proscritas de México.

Si los Johnny Alessio y colegas propusieran a la Universidad Nacional que en los casinos y garitos, entre jugada y jugada se leyeran páginas de los clásicos, las autoridades de la principal institución universitaria del país seguramente sentirían satisfecha su misión de divulgar la más elevada cultura universal. Y entonces, juntas, la UNAM y las instituciones donde Birján es adorado, podrían presentar la imagen de una nueva, fructífera, estimulante rama de la economía mexicana.

No se diga que exageramos al proponer en serio tal promoción conjunta. No se piense, tampoco, que agraviamos, al hacerlo, a la Universidad Nacional, cuatro veces centenaria o cincuentona según se la quiera ver. No. Nos limitamos sólo a extraer las consecuencias de la coonestación que las autoridades universitarias han dado al proyecto cultural y político de Televisa. Sin hipérbole alguna, con posibilidades abundantes de comprobación, podemos asegurar porque el público lo sabe y lo padece, que pocas empresas han sido tan nocivas socialmente en la historia mexicana como Televisa, no obstante lo cual la Universidad no ha vacilado en bendecirla y poner su prestigio al servicio de uno de los más turbios comercios que sea dable observar en la sociedad contemporánea.

El contubernio Televisa-UNAM padece males congénitos. El rector Guillermo Soberón (a quien, ya tan temprano, presenta la derecha autoritaria como su opción presidencial para 1988) rompió la huelga universitaria de 1977 no sólo con la policía sino también con las cámaras de televisión. Mediante un improvisamiento que no se ha eliminado, las clases en las aulas se suplieron con clases desde un estudio de televisión. A los defectos pedagógicos que ello implicaba, pues utilizar los medios audiovisuales para la enseñanza no significa sólo amplificar el auditorio, se unieron de inmediato las objeciones políticas. Televisa es un poder dentro del poder. Se propone metas diversas por entero de las contenidas en la Constitución del Estado del que la Universidad forma parte, y atenta permanente-

mente contra los intereses populares, no sólo formando la realidad cuya visión ofrece, sino proponiendo valores que desquician a la sociedad mexicana entera. El patrocinio del alcoholismo, de la violencia, del consumismo, de la falta de solidaridad de la extranjería, por decir sólo algunos de sus rasgos perniciosos, hubiera bastado para que la Universidad no sólo se mantuviera alejada de ese negocio televisivo sino para convertirse en denunciadora permanente de sus perjuicios.

Pero no. Ocurrió al contrario. Desde entonces, las ligas entre la Universidad Nacional y la verdadera Secretaría de Educación Pública que es Televisa se han anulado cada vez más intensamente. El antiguo secretario de la rectoría en tiempos del rector Soberón es ahora, por pura casualidad, vicepresidente de Televisa. También por pura casualidad, el encargado de producir la televisión universitaria es hermano de ese vicepresidente. Las vinculaciones estructurales y personales así expresadas se manifiestan por ejemplo en el episodio siguiente.

Raúl Cremoux, pionero en el estudio de los efectos de la televisión en México y por lo tanto, como consecuencia lógica de su práctica científica, advertidor de los males que Televisa ha causado al país, fue invitado por algún cándido profesor a participar en uno de los programas de la Universidad que son transmitidos por Televisa. Hasta se llegó al ingenuo extremo de acudir al estudio, de sentarse ante el escritorio, colocarse los micrófonos en las corbatas y disponerse a hablar. El tema es lo de menos. De pronto, las potentes farolas se apagaron, y un empleado de Televisa comunicó al profesor invitante y al productor que no se grabaría ese programa en vista de la presencia del investigador Cremoux.

La arbitraria, infundada, unilateral decisión de Televisa, ¿usted cree que fue objetada, reclamada por la Universidad Nacional? Pues no. Para demostrar una vez más que no se trata de un pacto entre iguales, sino de un contrato en que una institución nacional está sometida a una privada dominada por el afán de lucro, la Universidad guardó silencio, dejó que el emisor determinara también el contenido de las emisiones.

Por ello, no extraña que a fines de marzo, con motivo de la estruendosa transformación, gatopardiana mutación, del canal Ocho en canal cultural, se diera gran despliegue informativo a la coonestación del trabajo de Televisa por parte de la rectoría de la UNAM. Para refirmar el convenio que los une, en que consta en contubernio acudió a la Torre de CU el propio Emilio Azcárraga Milmo.

El Presidente Echeverría, cabeza del Estado



mexicano, fue apedreado, y su vida puesta en peligro cuando entró en el predio universitario. El cardenal Ernesto Corripio Ahumada, líder de la comunidad eclesial más numerosa de México, fue impugnado al presentarse en un recinto de la Universidad. Nadie osó, en cambio, provocar la menor molestia al poderoso jefe del monopolio de la televisión comercial, tan objetable al menos para ciertos valores universitarios como los dos personajes mencionados. No se concluya, de ello, que hay consenso en la Universidad sobre la vinculación del rector con Azcárraga. Inférase, mejor, que la capacidad de dominación que conjuntamente han desarrollado ambas instancias en la comunidad de los universitarios ha sido más eficaz que la ejercida por el Estado y por la Iglesia, aunque de ninguna de estas últimas se encuentre lejana aquella.

Dirá algún lector, quizá, que se ha vertido en los párrafos anteriores un singular ejemplo de sectarismo rabioso. La verdad es que el asunto excede los límites de medida que se pueden pedir a los reflexionadores públicos. Desmesura, sin embargo, no significa irresponsabilidad. Con responsabilidad, pues, quede constancia aquí de la solemne protesta de un antiguo estudiante universitario por la degradación que él cree encontrar en la cercanía, turbia, contuberniosa entre las autoridades de esa casa con el mayor pervertidor social que haya funcionado jamás en México.